

Soledad Cortés

Almatris



CIENCIA FICCIÓN



Almatris

Almatris

© 2023, Soledad Cortés
© 2023, Tríada Ediciones

San Antonio #19, of. 702
Santiago, Santiago de Chile
www.triadaediciones.net

Colección Ciencia Ficción

Impreso en Chile
Primera edición, septiembre de 2023
ISBN: 978-956-9362-42-2
Registro de Propiedad Intelectual: 2023-A-10314

Diseño de portada y diagramación interior:
Tríada Ediciones

Ilustración de portada:
Alba Navarro

Edición:
Nataschia Navarro Macker (Topopanda)



Este libro fue seleccionado
con el Fondo del Libro y la
Lectura 2023, en la categoría
Fomento a la Industria.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

Soledad Cortés

Almatris



*A Roberto, mi compañero de aventuras, mi soporte en los
momentos más aciagos, por todo el amor que me das sin
esperar nada a cambio, por sanar mis heridas y ayudarme a
crecer contigo;*

*A Clara, que mis palabras te sirvan de luz en tus momentos
más oscuros, mi vida, mi corazón, siempre estaré contigo;*

*A Pamela, por acompañar mis pasos en esta travesía y nunca
dejarme abandonarla.*



O: Despedida

La pantalla del NeuroNexo se desplegó frente al cristal de su casco y expuso los niveles de sincronización de la baliza recién ubicada en el punto más alto de la colina. El viento amenazaba con desestabilizarla, pero sus botas estaban bien calibradas para no ceder ante su fuerza. Se agachó para leer atentamente las emisiones de gases y verificó que todo se encontrara en perfecto estado para activar la última de nueve balizas que habían instalado en el planeta. Se puso de pie y sintió alivio. Era el fin de aquella tediosa misión, lo suyo no era instalar aparatos ni buscar fuentes de combustible. Lo suyo era disparar a mercenarios, piratas y apresar delincuentes a nombre de la UGT.

Extendió su antebrazo, pulsó un botón y encendió la pantalla externa de su NeuroNexo, que le mostró una llamada entrante. Meneó la cabeza y las gotas de sudor se deslizaron por su rostro.

—¿Qué quieres ahora? —Una pequeña pantalla apareció en su casco dejando ver a una alienígena de tez cobriza y fino cabello verde; lucía una armadura gris con franjas rojas.

—¿Lo instalaste, Elenor? —Se escuchó.

—¡Aún no! ¡No me apures, Nara!

—Llevas una hora tratando de instalarlo. La tormenta se avecina.

—Cállate, te dije que ya lo tengo.

—Hace como treinta minutos dijiste lo mismo.

—¿Tienes miedo de que aparezca un gluglú?

—Es gularth, deja de cambiarle los nombres a las criaturas sagradas —dijo negando con la cabeza.

—Ya, pero no te pongas fea, hermanita. —Elenor rio causando más molestia en la horiana, que la miraba con seriedad—. Los gularth están extintos hace siglos y aquí no hay indicios de vida, los sensores no indican nada. No entiendo por qué Cavieres nos envió a este sitio.

—De hermanita nada, Cavieres fue claro con nuestra misión: instalar los sensores con éxito y volver con él —respondió—. Será mejor que te apresures.

—Ya voy, y deja de enojarte tanto, se te va a enredar el pelo de tanta rabia.

—¡Elenor!

—Concentrémonos en esto y después peleamos, ¿te parece?

—Idiota. —La pantalla se apagó mientras Elenor dejaba escapar una risa.

Pulsó los últimos comandos y activó el escáner de su NeuroNexo. El haz de luz violeta cruzó por el panel electrónico de la baliza que abrió sus patas mecanizadas y se fijó con fuerza en el suelo. El cristal de su casco se encendió dejando pasar frente a sus ojos una corrida de palabras y párrafos que indicaban la correcta instalación del artefacto. Al cabo de unos segundos, una luz verde le señaló que todo estaba en orden.

—Listo, te dije que iba a terminar pronto —dijo abriendo el comunicador.

—Tardaste una hora.

—¡Deja de quejarte! Me imagino que ya vienes por mí que tanto te burlas.

—Estoy verificando que todo haya quedado bien. Ahora te toca esperarme.

—Apúrate, quiero ir al baño.

—Sensores activados y funcionando correctamente. —Nara dejó de hablar unos instantes—. Espera, las lecturas indican movimiento cerca de donde estás.

—Mi NeuroNexo no detecta nada. Debe ser este cacharro que nos pasaron, está discontinuado. Le dije a Cavieres que... Oh.

Elenor sintió una vibración bajo sus pies, miró a todos lados y no vio más que el planeta desolado en el que estaban. No había nada sospechoso en la superficie. Activó el visor térmico de su casco y miró al suelo.

—Oh, mierda, ¡hay algo acá abajo!

—Voy en camino, dame cinco minutos.

—¡Te doy dos! ¡Esta cosa viene directo hacia mí!

Encendió sus barreras cinéticas y descendió por la colina rápidamente. Al llegar abajo se impulsó con los jetpacks de su armadura, evitando quedar enterrada en el lodo verde del planeta. Al tocar tierra sacó un rifle francotirador desgastado que llevaba en la espalda y, apoyando una rodilla en el suelo, apuntó hacia el lugar de donde provenía la anomalía. La vibración se detuvo; Elenor solo escuchaba el sonido de su respiración. Observó por la mira y no detectó movimiento alguno, los escáneres no percibían nada. Bajó el rifle y se puso de pie, expectante. Abrió el comunicador para verificar la ubicación de Nara, pero, antes de decir cualquier cosa, la tierra se abrió.

Una inmensa criatura gris con surcos rosados emergió a tan solo unos metros de ella. Lo coronaban grandes fauces con dos amenazantes colmillos y, en su coraza, tenía numerosos picos amarillentos que expelían un gas del mismo color. Elenor, inmóvil, miró a la criatura llenar el ambiente de ese gas mientras emitía un agudo silbido.

—¡Nara! ¡Es un gluglú!

—¡Voy llegando, mantente lejos de su gas!

—¡Tarde!

La comunicación se había cortado de pronto. Retrocedió, los sensores de su armadura se salían de control debido al efecto del gas. Las alertas en su traje no dejaban de sonar a través de su casco. Su presión subía y sus latidos retumbaban en sus oídos. El blindaje de su armadura estaba completamente desactivado y las barreras cinéticas habían dejado de funcionar. Sería una presa fácil. Intentó calmarse e inspiró hondo, de la misma forma que antes de disparar. Apagó las funciones de su armadura y cerró los ojos unos instantes. En seguida sintió la vibración bajo sus pies. Se mantuvo quieta. Si algo había aprendido en la Unión Galáctica Terrestre era que, en momentos como estos, debía volver a lo más básico: sus instintos.

Abrió los ojos mientras sujetaba el viejo rifle con fuerza y puso la mira en manual. Tres tiros rápidos atravesaron la cortina de gas que la rodeaba. La vibración se detuvo y, después de un silencio, vinieron tres pequeñas explosiones. Luego, un grito de la criatura hizo que Elenor cayera al suelo aturdida. La bestia se acercó a ella, furiosa. Sus enormes fauces se abrieron para devorarla. Asustada, contempló los hilos de baba morada que colgaban de sus colmillos. Sería el bocado de un monstruo que pensaron extinto, jamás imaginó en morir de esa forma. Asió de nuevo el arma y cerró los ojos, esperando ser devorada. En ese momento, sintió el zumbido de dos disparos pasar veloces por sus oídos. Abrió los ojos y vio cómo chocaron en la boca del engendro, la onda expansiva del impacto la hizo volar por los aires y caer bruscamente al suelo, lejos de la criatura y su nocivo gas.

—¿Tenías que usar los cañones?! —gritó adolorida por el golpe que se había dado.

—Era necesario, ¿o no? —la voz irónica de Nara sonó por su comunicador mientras la armadura de Elenor empezaba a reiniciarse.

—Presumida, ¡auch! —Se tocó el torso—. Estoy segura de que me quebré algunas costillas. Me debes una cerveza por cada una.

—Mejor súbete, a menos que quieras esperar que esa cosa se recupere.

—Ni loca, allá voy, no tengo la fuerza de un busari como para estar lidiando con un gluglú. —Se puso de pie con una mueca de dolor en el rostro.

—¡Gularth!

—Ya sé, ya sé —dijo riendo.

Una pequeña lanzadera con la insignia la UGT flotó frente a ella y la compuerta se abrió dejando ver la figura de una horiana, ataviada con su misma armadura y sonriéndole desde los mandos.

—¿Quieres que te vaya a buscar con un carrito? —le dijo.

—Andas chistosa hoy —le respondió Elenor subiéndose de un salto, impulsada por su armadura.

La lanzadera enfiló hacia una tormenta que, amenazante, arrasaba con todo gracias a la lluvia ácida. El navío, a pesar de ser pequeño, pudo atravesarla con facilidad gracias a sus barreras cinéticas. Nara

buscó a través de los radares cualquier rastro de la criatura, pero no había ninguna señal de ella en la superficie. Elenor se sacó el casco, dejando caer una larga trenza castaña por su espalda. Lo lanzó al suelo y caminó al asiento del copiloto donde la esperaba la horiana que conducía el vehículo.

—No esperaba que apareciera un gularth —dijo Nara, su semblante estaba serio.

—Me lo dices a mí, casi me cago encima cuando lo vi. ¡Y ese grito del terror!

—No seas exagerada, hemos visto cosas peores. Lo que me extraña es que técnicamente están extintos.

—Pues me huele a otra mentirilla más —respondió con desazón—. Ya nada me sorprende en realidad.

—¿Dudas de Cavieres?

—No, pero sí de la UGT. No puedes confiar en nadie dentro de ese nido de ratas, menos cuando se trata de misiones. Nos han enviado a muchas, pero esta se me ha hecho absurda ¿de verdad es la última bajo el alero de la UGT?

—¿A qué te refieres?

Elenor observó por el cristal de la nave y no pudo ver más que una densa niebla amarilla. Odiaba ese tipo de planetas, pero al menos la consolaba el hecho de que la lanzadera ya se encaminaba hacia la corbeta que las sacaría de aquel lugar. Miró de reojo a Nara y suspiró.

—Pues que esperaba algo más de acción, no la búsqueda de cristales de combustible en planetas vacíos, y ese gularth lo hace todo más misterioso aún. Estaba modificado por algo.

—Qué cosas dices —le respondió—. Deja de inventar conspiraciones donde no las hay.

—No es conspiración, tenía un aspecto distinto a los que he visto en los NexoVids. —Encendió su NeuroNexo y en la pequeña pantalla se desplegó un video de la criatura—. Mira, los surcos en sus corazas tienen un color rosado inusual.

—Envíaselo a Cavieres, quizás él pueda decirnos más al respecto. Por ahora disfrutemos que esta misión ya acabó. La corbeta nos espera.

—Nuestra última misión juntas.

Nara no la miró, tenía el semblante triste. Elenor apagó su NeuroNexo, puso su mano sobre la pierna de su hermana y le dio una palmadita.

—No te pongas triste, no significa que dejaremos de vernos, al menos pudimos entrar a los Cuerpos de Elite.

Nara sonrió.

—De algo valió la cantidad de misiones que hemos cumplido para la UGT.

—Y que Andrónicus se levantó de buen humor cuando nos aceptó. Las dos sonrieron.

—Bueno, al menos podemos anotar en nuestra bitácora que en esta misión también volviste en una pieza, Elenor. Todo un éxito.

Las dos guardaron silencio. Elenor miró el techo de la nave.

—¿Crees que nos irá bien en los Cuerpos de Elite?

—Si no haces estupideces claro que sí.

—Nara...

—Es hora de que te las arregles sola, a ver si aprendes a hacer amigos.

—¿Estás loca? No hay tiempo para eso. Además, nadie me aguanta como tú. —Se cruzó de brazos.

—Ese es el problema. —La miró mientras apretaba algunos botones de la consola—. Te acostumbraste a mi compañía. Cavieres dijo que te vendría bien separarte de mí, a ver si dejas de ser tan imprudente.

—Cavieres siempre metiéndose en todo lo que hacemos, ¿no te aburres? —Le quitó la mirada, molesta—. Me cansa que esté encima de nuestros pasos.

—Entiéndelo, es su compromiso con mamá y papá.

Elenor guardó un incómodo silencio. Tocar el tema de sus padres era algo que siempre la dejaba con un sabor amargo en la boca y sabía que su hermana también sentía lo mismo. Miró por la ventana mientras el sol comenzaba a ocultarse y se quedó fija en las luces que la corbeta emitía para guiarlas a su destino. Nara bajó la velocidad de la lanzadera, mientras el silencio permanecía entre ellas.

—A veces imagino cómo serían nuestras vidas si ellos estuvieran vivos —dijo Elenor sin mirar a Nara.

—¿Y qué imaginas?

—Tú estudiando algo complicado en Almatris y yo ayudando a papá con la Athena-01.

Nara sonrió.

—No me parece loco, papá amaba llevarte a la Athena-01.

Elenor asintió y miró a su hermana.

—Lástima que no pude seguir sus pasos.

—Todo pasa por una razón, Ele, al menos hemos logrado algo en nuestras vidas.

—¿Es esto realmente lo que queremos? —le preguntó.

Nara la miró, pero una llamada entrante la distrajo. Activó la consola y la imagen de un hombre ataviado con los mismos colores que ellas apareció en la pantalla. Las dos le hicieron una venia que él replicó.

—Comandante Cavieres, a su orden.

El hombre dio un vistazo a su alrededor y, luego de verificar que estuvieran solas, dibujó en su rostro una larga y dulce sonrisa.

—Descansen. —Bajó el brazo y sonrió—. Qué alegría verlas con vida, ¿están bien? Me llegaron tus imágenes, Ele.

Elenor lo miró de reojo.

—¿Descubriste algo? —preguntó molesta.

—Aún no, las mandé a los laboratorios de investigación, apenas tenga más noticias de lo que era se las haré llegar. Me alegra que no pasara a mayores. —Miró a Elenor—. Ya estás molesta de nuevo.

Ella no respondió.

—Estará bien —agregó Nara.

Elenor la miró con molestia mientras Cavieres reía por el otro lado.

—Qué trabajo le va a dar Elenor a Andrónicus —rio—. Pero bueno, si algo he aprendido es que con el carácter de tu hermana no hay mucho que hacer.

Nara y Cavieres rieron mientras Elenor se cruzaba de brazos.

—¿Terminaron de burlarse de mí?

—Vamos, tómalo con humor —dijo Nara empujándola con una mano.

—Humor es lo que menos tengo en este momento. —Miró a Cavieres—. ¿Visitarás Almatris?

Cavieres dejó de reír y la miró.

—Tengo asuntos allá, coinciden con su llegada a los Cuerpos de Elite.

—Qué curioso.

—Elenor... —dijo Nara mirándola.

—Déjala, entiendo que le molesta mi presencia. —Limpió su garganta y habló—. Como sea, debo irme, la plana principal de la UGT me espera.

—No te gastes tanto, te hace mal alterarte con ellos —agregó Nara.

—Tranquila, niña. Estaré bien. Nos vemos pronto, Cavieres fuera. La comunicación se cortó y Nara miró a Elenor, molesta.

—Deberías ser más respetuosa.

—¿Cómo tú? —La expresión de Elenor era desafiante.

—No me mires así, no quiero pelear contigo, menos hoy. —Tomó aire y agregó—. Anda por un regen, seguro te duelen las costillas.

—Sí, capitán de los Cuerpos de Elite —respondió Elenor poniéndose de pie y fingiendo formalidad.

—Aprovecha de ponerte algo de perfume, hueles a mierda.

—Cállate.

Nara permaneció sola en la cabina. Luego de cruzar la tormenta, dispuso la nave en piloto automático. Las coordenadas estaban fijadas, faltaba poco para llegar a la nave que las sacaría de ese planeta. Se estiró en su asiento, posó sus manos sobre el respaldo de su silla y la angustia se apoderó de ella. No había sido una decisión fácil separarse de Elenor, pero sería lo mejor: era tiempo de tomar otros rumbos. Inhaló profundo y contempló por última vez aquel planeta que marcaba el término de un ciclo para ambas.

La llegada a la corbeta que las llevaría a Almatris fue en completo silencio. A las dos les entusiasmaba haber finalizado su misión, pero a la vez les alteraba la idea de separarse. Elenor se mantuvo en silencio todo el camino a sus camarotes, mientras Nara tecleaba en una tableta

holográfica diferentes reportes militares que les solicitaban cada vez que terminaban una misión. A su alrededor algunos soldados las saludaban con una venia al verlas.

—Tienes que firmar. —Nara le extendió la tableta.

—Dámela. —Elenor la recibió y leyó de prisa mientras una mueca de molestia se dibujaba en su rostro—. No debería firmar esto, no tiene sentido.

—Cavieres dijo que esperaríamos el informe final sobre el gularth, confiemos en él.

—Lo sé, pero me sigue haciendo ruido.

Nara no le prestó atención, abrochó su cinturón y fijó su mirada en la tripulación que se preparaba para zarpar mientras el comandante de la nave daba instrucciones de seguridad.

Tras despegar y con la nave en órbita, las hermanas se soltaron los cinturones y se dirigieron a sus habitaciones. Luego de bañarse, Elenor se sentó en la litera, ofuscada, a ver las estrellas en movimiento mientras se dirigían a Almatris. Sacó de una caja en el suelo un grueso parche de regen con algunos orificios que puso en sus costillas. Aliviada, se puso su camiseta de la UGT y se apoyó al costado de la ventanilla de su habitación. Estaba nerviosa. Finalmente, luego de varios años, había sido aceptada en los Cuerpos de Elite. Le entusiasmaba la idea de pertenecer a la misma institución a la que habían pertenecido sus padres, pero por otro lado le molestaba separarse de Nara. Pensó en que la mayoría de sus misiones habían sido exitosas, a excepción de las veces en que se las había tragado un yuhir, o cuando los tentáculos de un gurg la habían aprisionado, o esa vez cuando... Meneó la cabeza y sonrió.

A pesar de todo, siempre habían salido adelante juntas y seguían en carrera por ascender posiciones en la UGT.

Se puso de pie y miró la maleta metálica que indicaba que era el fin de sus misiones. Se peinó el cabello, aún húmedo, en dos trenzas ajustadas y lanzó la toalla sin doblar dentro del equipaje. Tomó las partes de su armadura y las dispuso torpemente adentro mientras intentaba cerrar la tapa sin resultado.

—¿Necesitas ayuda de nuevo? —escuchó la voz de Nara en su camarote. No la había sentido entrar.

—No es necesario —le respondió mientras forzaba con torpeza el cierre electrónico.

—Metiste todo mal. —Nara se acercó a la maleta y alejó a Elenor, quien cruzó sus brazos, molesta—. Pesa bastante, ¿estás segura de que podrás con ella?

—Claro que sí, no soy tan enclenque como tú.

—¿Me imagino que llevas tus pastillas?

—Sí, claro —dijo tomando un frasco que tenía sobre la mesa sin que Nara la viera.

La horiana acomodó la armadura en partes, lo que permitió que todo entrara perfectamente. Cerró la tapa con delicadeza y le dedicó una sonrisa triste.

—Andrónicus mandó la información sobre nuestra asignación, ¿la recibiste?

—Sí. —Elenor guardó el frasco en su bolsillo y tomó su equipaje—. Aún no me termino de convencer de que mañana seremos parte de los Cuerpos de Elite.

—Somos dos, pero estoy segura de que nos irá bien, no por nada hemos pasado tantas cosas juntas.

Elenor asintió con tristeza.

—Te extrañaré —dijo Nara—, más de lo que crees.

—¡Ay!, ¿te vas a poner a llorar? Mira cómo ondea tu pelo —bromeó Elenor mientras dejaba su maleta sobre la cama.

Nara la empujó con su brazo.

—Claro que no... creo.

—También te extrañaré, Nara. —Le tocó el hombro—. A pesar de que todo esto me molesta, sé que te irá bien con Andrónicus.

—¿Lo crees?

—Claro que sí, nadie más me lleva mejor la contabilidad que tú.

—Las dos rieron—. Fuera de broma, te vendrá bien trabajar con ella. Tendrás un rango más alto que el mío y podrás tener misiones menos

extremas. Además, odias los olores a criaturas y planetas extraños. No como yo que huelo a fango y sudor.

—No seas exagerada, no hueles mal y sabes que las horianas somos sensibles a los olores, no podría mentirte al respecto.

—Quizás perdiste el olfato y no te diste cuenta —bromeó—. Vamos a nuestros asientos, estamos por llegar.

Salieron del camarote y caminaron por el pasillo de la nave en silencio. Nara trataba de controlar su cabello, nerviosa, mientras Elenor buscaba algo en sus bolsillos. Cuando lo encontró, lo extendió sobre su mano y le sonrió:

—Llévate esto. —Un viejo broche gastado con dos alas en él y la insignia de los Cuerpos de Elite estaba sobre su mano—. Prefiero que lo tengas tú antes de que a mí se me caiga en una misión o simplemente lo pierda. Sabes lo distraída que soy.

—No puedo, es tuyo, mamá te lo dejó a ti.

—Nuestra madre nos lo dejó. Te lo estoy dando para que lo cuides. —Fijó su mirada en ella—. Al menos que sirva de algo ese nuevo cargo que te dieron. Me lo devolverás cuando sea el momento adecuado.

“Atención, nos preparamos para el arribo a Almatris, acudan a sus asientos y aseguren sus cinturones.”

Llegaron donde los demás soldados de la UGT, en su gran mayoría humanos, que ya se colocaban sus cinturones de seguridad. Elenor se sentó al lado de la ventanilla mientras Nara se acomodaba a su lado. Las turbinas aceleraron y las luces se apagaron, salvo las de emergencia. Elenor sintió la cabeza de su hermana descansar sobre su hombro y sonrió mirando fijamente el exterior. Almatris ya era visible. La imponente luna que hace miles de años atrás había sido adecuada para la vida por los rayos, era una inmensa estructura recubierta de una fusión de hierro y molibdeno, mezclado con nanotecnología que ayudaba a mantener la oscuridad de este para diferentes usos por cada sección. Entre estas se podían divisar varias secciones agrícolas en brillante plateado, señal de que los sistemas de cultivos se encargaban de recoger la luz que provenía del sol y la distribuían según las necesidades de la luna.

La nave se acercó lentamente y avanzó hacia los hangares mientras los sistemas de seguridad verificaban el ingreso. Elenor sintió el nerviosismo de llegar. Almatris era como su segundo hogar, había pasado toda su infancia entre esos muros y volver a establecerse ahí, luego de cinco años, la emocionaba. Se movió un poco, sin molestar a Nara, quien ya dormía.

—Tengo mucho miedo de que nos separemos —le susurró, casi sin querer, mientras miraba por la ventanilla.

Le gustaba disfrutar de las acciones que ejecutaban los drones vigilantes que resguardaban la luna; eran como pequeños y letales guardianes que, ante cualquier anomalía, no dudarían en activar los protocolos de hostilidad. Estos, al notar que la nave se acercaba, les abrieron el paso de manera automática. La nave avanzó entre los pequeños navíos civiles que hacían fila para ingresar por alguna de las miles de entradas que rodeaban la luna. Observó maravillada las granjas situadas en varios sectores de la luna, donde aprovechaban la brillante luz del sol para su crecimiento. Cada parcela de cultivo estaba dispuesta meticulosamente, como si cada detalle hubiera sido calculado con precisión para optimizar la producción de alimentos en ese ambiente. Además de los cultivos, los habitantes se dedicaban a la crianza de animales, tanto de especies alienígenas adaptadas al entorno lunar como de especies humanas, en instalaciones diseñadas especialmente para mantener un equilibrio ecológico y sostenible. Almatris era una joya de la ingeniería de todas las razas. Un cúmulo de tecnología impenetrable ante cualquier amenaza y que albergaba millones de vidas dentro de ella. Finalmente, la corbeta enfiló hacia dos compuertas metálicas que, al abrirse, dieron paso a un iluminado túnel que indicaba la ruta para llegar a la zona de anclaje.

Elenor miró a Nara con cariño y cerró sus ojos mientras avanzaban a través del túnel. Los recuerdos de la primera vez que la conoció vinieron a su mente, nítidos y llenos de emociones.

Estaba sentada en el suelo jugando cerca de uno de los inmensos árboles de Tikin que había en Almatris, la horiana sonreía curiosa a su madre, quien le mostraba algunos vids en su NeuroNexo. No pudo evitar sentir celos de aquella alienígena que se acercaba con completa

confianza a su madre. Su padre la tomó de la mano y la guio en silencio al encuentro de ellas. Fue la primera vez que veía a una horiana tan de cerca, notó en su brazo un tatuaje floral con cicatrices recientes en él. Caminó indecisa hasta que la pequeña se volteó a verla. Sus ojos de verde intenso fueron lo que más le llamó la atención. La voz de su madre la distrajo de la mirada de Nara. La invitó a sentarse junto a ellas y le contó, con esa voz serena que solía tener, que la habían rescatado en la última misión de la que habían participado. La encontraron abandonada a su suerte en Ganter, uno de los dos planetas cercanos al bloqueo y el más hostil de ellos. Su padre se sentó junto a su madre y le dijo, con cierto nerviosismo, que deseaban que estuvieran juntas, como hermanas. Al principio detestó la petición e hizo un berrinche que su padre contuvo con la calidez de su presencia y su abrazo. Su madre tomó la mano de Nara y la de Elenor y las juntó. Esta última trató de zafarse, pero la sonrisa de la horiana se lo impidió, había algo en ella que le dio a entender que jamás se separarían.

Elenor abrió sus ojos y acarició la cabellera de Nara que aún dormía. Se había prometido cuidarla una vez que escuchó a Cavieres hablar con su abuela sobre su pasado.

Suspiró pensando en el futuro de su hermana y aquellas inseguridades que aún la perseguían. Sintió la misma congoja que cuando, una tarde en la casa de su abuela, la puerta sonó y la figura de Cavieres apareció con el rifle francotirador de su madre y las placas militares de su padre. No escucharon nada más, excepto las palabras muerte y soledad.

Fueron días tristes, pero, para Elenor, la templanza de Nara fue la que pudo calmar su ira y, para Nara, aquella humana era la locura y las risas que necesitaba luego de vivir un calvario y la muerte de quienes le habían entregado un poco de esperanza en su vida. Elenor se secó las lágrimas que habían caído silenciosas por sus mejillas y le tocó el rostro a Nara.

—Despierta, ya llegamos.

La horiana se acomodó y notó que Elenor había estado llorando. Tomó su mano con dulzura y le habló:

—No estés triste, estaré bien.

—¿Me lo prometes?

Nara asintió sonriendo.

—Siempre juntas. Y, por cierto, yo también tengo mucho miedo de que nos separemos.

Elenor la miró con picardía.

—De verdad que lo escuchas todo.

—Claro que sí. Estaremos bien.

Las dos se sonrieron y apoyaron sus frentes mientras cerraban sus ojos al mismo tiempo.

—*Yksana Namai, Ele* —habló Nara con voz suave.

—*Yksana Namai, Nara.* —Elenor le dio un fuerte abrazo para luego separarse de ella con un nudo en la garganta.

Los motores se apagaron, las vibraciones disminuyeron. Escucharon cerca de ellas cómo los soldados soltaban sus cinturones y descendían de la nave. Elenor apretó la mano de Nara con fuerza y luego la soltó para ponerse de pie, miró a Nara por última vez en el umbral de la puerta y le hizo un gesto con la mano. Su hermana le sonrió mientras el anuncio de aterrizaje sonaba por los altavoces.

—Teniente Tactis, su maleta —la voz de un soldado la alertó mientras bajaba por la rampa de la nave.

—Muchas gracias.

Recibió la alargada y roída caja del rifle de manos del soldado mientras daba un último vistazo a la nave para luego fijar su rumbo a los Cuerpos de Elite. Volteó su mirada hacia la entrada a Almatris mientras los nervios le revolvían el estómago. Por primera vez dimensionó el miedo ante lo que le deparaba el destino. Ahora, sola y sin poder apoyarse en su hermana, sintió que el peso de una gran responsabilidad caía sobre sus hombros. Tomó aire profundamente, miró la inmensa torre en donde estaban los Cuerpos de Elite y marchó con paso firme a lo que sería su nueva vida.

Para enterarte de este y otros títulos, síguenos
en www.triadaediciones.net y en nuestras redes
sociales: Facebook, Instagram y Twitter como
@triadaediciones

A Elenor y Nara jamás se les pasó por la cabeza que la vida les iba a cambiar radicalmente el día que sus padres murieron en una misión secreta. Luego de años de trabajar juntas para la milicia terrestre, ambas hermanas deben separarse para asumir nuevos deberes en las filas de los Cuerpos de Elite de Almatris, la luna que alberga a distintas razas de la galaxia, unidas por la paz.

Sin embargo, el orden y el control de la luna se ven amenazados cuando sucede una serie de atentados que pone en jaque a los Cuerpos de Elite, considerados hasta entonces como infalibles y responsables de mantener la seguridad. El miedo provoca que los habitantes de Almatris duden de ellos, del Conglomerado y de la paz que creían tener bajo su gobierno.

En medio del caos, las hermanas Tactis descubrirán, además, nuevas pistas acerca de la muerte de sus padres en la Nebulosa de Acurna mientras sortean diferentes obstáculos que no solo pondrán a prueba su experiencia militar, sino también la capacidad de lidiar con sus temores más profundos.



triadaediciones



@TriadaEdiciones



triadaediciones

Este libro fue publicado gracias al Fondo del Libro y la Lectura 2023, en la categoría Fomento a la industria.



Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Gobierno de Chile

